

El final del desastre

Len Barnhart

Traducción:
Olga Usoz Chaparro



Libros publicados de Len Barnhart

EL REINO DE LOS ZOMBIS

1. El reino de los zombis
2. El final del desastre

Próximamente:

3. *Outbreak*

Título original: *Apocalypse End*
Primera edición

© Len Barnhart, 2003, 2004

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-716-9 Depósito legal:

Impreso por Unigraf S. L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Dedicado a Carol

He vislumbrado con asombro el otro lado de las cadenas montañosas.

Me he sentido maravillado ante las estrellas del cielo de la noche y los secretos que guardan.

En lo más sencillo de la naturaleza he encontrado complejidad.

Sin embargo, lo que más adoro es echar la vista a un lado y saber que siempre estarás allí.

Índice

| | |
|--|-----|
| Primera parte: Tangier | 11 |
| Segunda parte: Odio desatado | 83 |
| Tercera parte: Planes de poder | 199 |
| Cuarta parte: El fin del apocalíptico desastre | 287 |

Agradecimientos

Numerosas personas me han ayudado de una u otra manera desde que comenzara este libro, por lo que me gustaría agradecer especialmente a algunas de ellas.

Michael Shiley: Me fuiste de gran ayuda en el Pittsburgh Comicon. Ha sido un verdadero placer conocerte. Te doy las gracias por todas las ocasiones en las que has hecho lo imposible por ayudarme.

Sergio Soto: Eres un genio en el arte del cómic. Estoy deseando ver tu siguiente creación.

Mi editora, Marilyn Pesola: Durante los últimos cinco años, he contado contigo a la hora de recibir aclaraciones, consejos, así como para mejorar mi trabajo. Has estado a mi lado en todo momento y te estoy profundamente agradecido por ello. Gracias. Has puesto la guinda a mi pastel.

Leonard Lies: Debería haberte conocido antes. No se me ocurre ninguna otra persona mejor que pueda trabajar a mi lado a la hora de encontrar un hueco en el mundo del cine para mi obra. Durante el escaso tiempo que llevo conociéndote, ya he llegado a considerarte un amigo y estoy seguro de que mantendremos una duradera amistad.

George A. Romero: ¿Dónde estarían los vampiros sin Bram Stoker? ¿Dónde estarían los zombis sin George Romero? Tu contribución al género no puede ser mayor, porque es ya tan grande que no da más de sí.

Primera parte
Tangier

Leon Baltimore entró en el almacén del improvisado arsenal de la isla de Tangier y se paró en seco. Jacob DuBois, un inmigrante recién llegado de Luisiana, se encontraba de rodillas balanceándose hacia delante y atrás entonando una rítmica cadencia. Tenía el rostro vuelto hacia abajo y los brazos extendidos con las palmas mirando hacia arriba.

—¿Crees que eso va a obrar el gran milagro? —preguntó Leon—. ¿Que esos hijos de puta se van a caer muertos así, sin más, y se van a marchar con un poco de vudú de Luisiana?

Jacob dejó de balancearse y alzó su mirada hacia el rostro de tez negra de Leon.

—Es algo muy poderoso, tío. Si es capaz de levantar a los muertos, también podrá hacerlo a la inversa —dijo con un marcado acento cajún.

—Bueno, ¿qué tal si dejas tus pequeños rituales para casa, hombre de los pantanos? —Pasó dando un empujón al tipo que estaba de rodillas—. ¡Dios mío, lo que nos faltaba, otro rarito!

Jacob se puso de pie, salió de la habitación hecho una furia, y un estruendoso eco retumbó en todo el edificio cuando cerró la puerta de un portazo.

Leon, apesadumbrado, negó con la cabeza y se dispuso a emprender el cometido que lo había llevado allí: otra misión de reconocimiento, algo que odiaba porque todas acababan siempre de la misma forma, con una atmósfera de muerte, ciudades desoladas y pérdida de tiempo. Washington D. C. y todos sus alrededores, situados a escasa distancia de vuelo, llevaban así algún tiempo, por lo que no podía explicarse, de ninguna de las maneras, por qué seguían molestándose en buscar.

Leon abrió con llave el armario en el que se guardaban las armas. El arsenal estaba húmedo y, sin la ayuda de un entorno adecuado, el metal era más propenso a oxidarse. Por eso se encargó de comprobar que sus armas estuvieran limpias, pues no estaba dispuesto a que el fallo de una de ellas fuera la causa de su muerte.

—Confío en ti—susurró, mientras acariciaba el cañón de su rifle favorito.

Entonces sus pensamientos volvieron a Jacob. *¿Qué demonios estaba haciendo rezando en el arsenal? Eso no me ha gustado nada.*

Leon cerró con llave el armario de las armas y salió de la habitación, preparado para la batalla.

Había dos formas de entrar o salir de la isla de Tangier, la cual estaba situada frente a la costa de Virginia, y eran por aire o por mar. El ferri ya no hacía su recorrido diario y, mientras los enfermos y los moribundos estuvieran controlados de cerca, Tangier constituía un lugar seguro.

La pesada puerta del arsenal se abrió y Leon salió a los fríos rayos del sol de marzo. Inclino su rostro hacia el sol y luego se masajeó los tensos músculos de la parte posterior del cuello para aliviar la rigidez, aunque lo que en realidad necesitaba era un par de hermosas manos negras que hicieran desaparecer sus preocupaciones con un masaje. De repente, se preguntó en qué andaría Halle Berry en ese momento, pues, dado que ya no se hacían películas, quizá ella pudiera ayudarlo, y ese ridículo pensamiento le hizo esbozar una sonrisa.

Los últimos años habían supuesto más de lo que la mayoría podía sobrellevar, pero a pesar de sus numerosos problemas habían logrado sobrevivir. Por ahora, estaban a salvo de la plaga de zombis que había assolado un mundo de prosperidad, convirtiéndolo en una lucha constante por la supervivencia.

En ese momento, estaba preparado para abandonar de nuevo la seguridad de la isla de Tangier a fin de llevar a cabo otra infructífera búsqueda de supervivientes. ¡Cómo odiaba volver desde el quinto infierno sin otra cosa que ofrecer que un sombrío estado de ánimo!

Leon se colgó el rifle al hombro y se dirigió a la taberna local, dado que aún disponía de tiempo, antes de emprender su viaje, para tomarse uno o dos vasos del vino de manzana de Julio, lo bastante para aliviar la tensión del cuello. Además, tampoco le vendría mal calmar sus nervios.

El brillante rótulo de color azul intenso del bar de Julio denotaba con orgullo que se trataba del club social más popular de la isla, por no decir que era el único. El dinero ya no valía para nada y el trueque constituía la base de las relaciones comerciales.

Julio abría la taberna cuando le venía en gana, en ocasiones por la mañana temprano y en otras a últimas horas de la tarde, aunque estaba claro que ese día no le había apetecido hacerlo a las diez de la mañana, porque la puerta estaba cerrada con llave cuando Leon tiró de ella.

El ansiado sabor del vino de manzana de Julio le provocó un hormigueo en la parte trasera de la lengua, pero luchó por alejar ese pensamiento de su mente, había otras muchas cosas en las que pensar con otro inminente viaje hacia el interior de tierra yerma. Volvería a intentarlo a su regreso.

El helicóptero había sido preparado para el vuelo en la plataforma situada frente al edificio principal del modesto aeropuerto, el cual contaba con una terminal principal y varios edificios de mantenimiento. Había solo una pista de aterrizaje, cuya longitud solo permitía albergar aviones pequeños. A doscientos metros de distancia, las mareas de la bahía de Chesapeake bañaban la arenosa costa.

Las hélices giratorias del helicóptero originaron un fuerte y constante viento que rasgaba la ropa de Leon con una ferocidad similar a la de la tormenta tropical que habían sufrido una semana antes. El revestimiento de color verde militar del helicóptero era de un tono apagado, pero claro. Se había equipado la isla con sumo cuidado, ya que el recambio de cualquier pieza podía suponer un grave peligro para aquellos encargados de llevar a cabo el reconocimiento.

Leon vio a Hal Davidson y Jack Lewis en la entrada de la estructura principal, quienes lo acompañarían en esa inútil expedición. Hal pilotaría la gran aeronave de color verde y, como de costumbre, Jack y él llevarían a cabo el trabajo sucio.

Leon trató de quitarse de encima la aversión que sentía por el trabajo que se le venía encima y dirigió una sonrisa a los hombres que se aproximaban.

Jim Workman miraba desesperanzado los entresijos de la consola de comunicación que tenía delante. Había dedicado innumerables horas a hacerla funcionar y se negaba a aceptar una derrota. Resultaba irónico que el sistema de comunicación más potente y avanzado en un radio aproximado de ochenta kilómetros hubiera fallado poco después de su llegada a la base subterránea de Mount Weather.

Llevaba más de un año toqueteando, jugueteando y aporreando el sistema en vano, en un intento por lograr que volviera a funcionar, pero al final sucumbió ante el hecho de que nunca volvería a estar operativo. La simple y cruda realidad era que las piezas principales se habían quemado y resultaba imposible encontrar recambios.

Jim se reclinó en la silla giratoria y levantó su mirada hacia los monitores de vídeo que cubrían la pared que tenía enfrente. Cuatro de las pantallas estaban desconectadas y no mostraban ninguna imagen, pero dos se encontraban encendidas, de las cuales una ofrecía una clara panorámica del centro de Moscú, un lugar desolado en el que los únicos movimientos eran los de los muertos vivientes.

El otro monitor mostraba imágenes de Washington D. C., pero el panorama no era mucho mejor que el de Moscú. Las otras cuatro pantallas habían dejado de funcionar, una por una, hacía ya meses. Era más que probable que los satélites se hubieran alejado de sus órbitas o que sencillamente hubieran dejado de funcionar. En cualquier caso, se encontraban desconectados de las personas que pudieran continuar con vida fuera de su seguro refugio.

Sharon Darney, la doctora residente experta en la plaga, le había comentado en una ocasión que los zombis podían permanecer en movimiento durante diez años, puede incluso que más, antes de que la descomposición impidiera su movilidad. Habían pasado dos años y no podía esperar otros ocho más para averiguar si había más supervivientes. Ellos habían sobrevivido; por lo que otros debían haberlo hecho también.

Jim sabía que había llegado el momento de dejar de ser tan indolente y perezoso como el aire que respiraban en el complejo subterráneo, tenía que hacer algo. La autocomplacencia se había extendido y resultaba demasiado fácil cerrarse al mundo exterior y esperar a que las cosas se solucionaran por sí solas. Seguro que había supervivientes allí fuera, haciendo causa común por recuperar el control de la situación, y había llegado la hora de salir a buscarlos.

Amanda se opondría a la idea. Después de todos los horrores por los que habían pasado, se conformaría con quedarse donde estaba y mandar a la mierda al resto de los supervivientes. De acuerdo con los que todos habían encontrado, no solo habían sobrevivido a la plaga personas amables, honestas y con buenas intenciones, y ya estaban más que hartos de esa otra clase de supervivientes.

El hecho de encontrarse encerrados en el enorme agujero subterráneo estaba empezando a ser demasiado para él, así que ya era hora de ponerse en movimiento; sobrevivir no era vivir.

Amanda estaba sentada en la mesa del rincón del restaurante, dando vueltas a los huevos en polvo que tenía en el plato. Ya no recordaba qué sabor tenía la comida de verdad. Durante los últimos dos años, se había olvidado de gran parte de su vida anterior a la plaga, de los viejos amigos y de los antiguos amantes, aunque pensaba que era mejor así, al menos por el momento, pues el hecho de preocuparse por el pasado solo le provocaba un sentimiento de tristeza.

Cuando Amanda levantó la mirada, vio a Jim y le hizo señas para que se uniera a ella. Él se sentó frente a ella, como hacen las parejas que llevan mucho tiempo juntas.

No pudo evitar notar que el estado de ánimo de Jim continuaba siendo el mismo. Últimamente, había perdido el entusiasmo y, a veces, se mostraba distante y solitario. Se escondía en la sala de mandos durante horas y solo salía a por comida o agua, por lo que Amanda estaba comenzando a sentirse preocupada por él. Este comportamiento huraño era completamente diferente al de la persona de la que se había enamorado. El líder bondadoso y permisivo de hacía solo unos meses se había convertido en una persona reticente e, incluso, algo cruel. Ella no solo temía por él, sino también por ella misma. Lo amaba, pero tenía la sensación de que lo estaba perdiendo, aunque lo peor de todo era que no sabía por qué.

Amanda terminó de masticar un bocado de los insípidos huevos con la esperanza de que un poco de charla intrascendente pudiera llevarlo a mantener una conversación coherente con ella.

—¿Alguna novedad? —le preguntó ella, esperando la respuesta habitual.

Jim se retorció en su asiento y entonces contestó lo mismo de siempre:

—No.

Él permaneció en silencio, a la espera de que a Amanda se le ocurriera otro tema del que poder continuar charlando. Ella creía que cualquier cosa sería mejor que otro almuerzo en silencio, mientras volvía a remover sus huevos una vez más.

—Esa radio no va a volver a funcionar nunca —dijo por fin—. ¿Has pensado en salir a buscar a más supervivientes? Llevamos meses sin ver a una sola de esas criaturas cerca del complejo. Debería ser un lugar seguro.

Los ojos de Jim se abrieron como platos y una expresión de alegría inundó su rostro.

—Sí, he pensado mucho en eso, en la isla de Tangier —dijo—. Quiero ir allí.

Amanda se quedó boquiabierta. *Bueno, ahora sí que la has hecho buena*, pensó Amanda. Esta no era la conversación que había esperado cuando comenzó a formularle preguntas; Amanda acababa de abrir una caja de Pandora grande y maloliente.

—No, no. No me refería a eso. No a la isla de Tangier, Jim, está demasiado lejos. —Con qué velocidad había salido con esas—. Es dema-

siado peligroso, además ha pasado ya un año desde que recibiste ese mensaje. ¿Cómo puedes saber siquiera si la persona que te lo envió sigue con vida? Por Dios...

—No lo sé, esa es la cuestión. Ellos nunca acusaron recibo de nuestra repuesta, aunque por entonces no creo que la radio funcionara.

Amanda soltó el tenedor con un ímpetu que demostró sus nervios. De repente, perdió el poco apetito que tenía. La cabeza le daba vueltas, y en ese momento se sintió obligada a convencer a uno de los hombres más testarudos que hubiera conocido nunca.

—¿Conque esos son tus planes? ¿Quieres poner en peligro tu vida y la escasa felicidad que nos pueda quedar solo porque estás loco de atar? Dios mío, Jim, ¿por qué?

—Si allí hay alguien con vida, tengo que saberlo —dijo él—. Y no solo yo, sino todos. No podemos seguir aquí eternamente, porque al final nos quedaremos sin provisiones. La isla de Tangier sería el lugar ideal porque, en el supuesto de que queden supervivientes, existen muchas posibilidades de que estén allí, puede incluso que sean centenares de personas. Tenemos que saberlo, es de vital importancia.

—No, maldita sea. —El tono de voz de Amanda tembló al ponerse de pie—. ¡Nosotros no tenemos que saber nada, eres solo tú!

Entonces Amanda salió del lugar hecha una furia y dejó allí a Jim sentado solo y completamente perplejo.

El helicóptero se elevó en el aire fresco de la primavera y Leon sintió el ya habitual nudo en el estómago que lo acompañaba siempre que ese bicho despegaba.

No hizo falta aprobación ni autorización para el despegue, dado que el cielo estaba libre de tráfico. Ni siquiera se había divisado un solo aeroplano sobrevolando la isla desde los primeros dos meses. En el lugar al que se dirigían, no había aviones, ni coches, ni personas vivas, en cualquier caso. Se encaminaban una vez más a las profundidades del infierno. Dios, cómo odiaba tener que hacer eso.

El aeropuerto se desvaneció debajo de ellos, a medida que alzaban el vuelo. Leon miraba por la ventana, con la esperanza de que el panorama aliviara sus molestias de estómago. Por fin, el nudo desapareció, después de que el helicóptero se estabilizara y tomara rumbo al continente.

Leon observaba la isla a medida que la iban dejando atrás, y cayó en la cuenta, por primera vez, de lo verde que estaba todo desde el invierno. Las olas de color turquesa de la bahía de Chesapeake brillaban bajo los rayos del sol y, en ocasiones, alguna de ellas captaba la luz del sol y le proyectaba reflejos de una luz brillante y cegadora.

—¿Adónde nos dirigimos hoy? —preguntó Hal volviendo su mirada hacia Jack, quien estaba sentado junto a él con un lápiz cogido entre los dientes mientras consultaba algunos mapas.

—Pasa por Crisfield —dijo Jack—, luego gira hacia el oeste, en dirección al condado de Santa María y continúa hacia el norte de la

costa durante un rato. Ya veremos qué hacemos una vez allí. —No apartaba la vista de los mapas, los giraba a la izquierda y luego a la derecha, como si tratara de buscar el mejor ángulo para consultarlos. Pasaba de una hoja a otra, tratando de encontrar el correcto.

Leon puso los ojos en blanco en señal de indignación, ya había visto la misma escena en numerosas ocasiones. No era de sorprender que aún no hubieran dado con nadie, incluso podrían considerarse afortunados si encontraban el camino de vuelta a casa.

Por fin, Jack dejó las hojas a un lado y bebió de la taza de café, colocada en un portavasos situado junto a él. Su arrugado rostro y su cabello canoso no ocultaban sus cincuenta y dos años. Desde la plaga, se había hecho duro como una piedra, pero su fortaleza no radicaba en sus cálculos. Él era un soldado, y no había nada que lo detuviera, una vez que se ponía manos a la obra, pensaba Leon, aunque no fuera el más listo de su clase. Si había alguien que desease tener al lado en una trinchera, ese era Jack, pero no se le podía pedir que contase las balas que le quedaban.

Leon había estado junto a Jack en numerosas misiones similares a esta. Él sabía cuándo correr riesgos y cuándo no y, si alguien necesitaba ayuda, Jack era el primero en brindarla, daría su vida por salvar la de otra persona. Era la sal de la vida y todo el mundo lo sabía, por lo que Leon siempre se sentía feliz de tenerlo cerca.

El helicóptero continuó rumbo al norte, por la ruta que Jack había trazado, hasta llegar a Crisfield, donde divisaron el conocido templo mormón, cuyo alto campanario dorado continuaba tan impoluto como hacía dos años. El resto de la edificación estaba hecho un desastre, como la mayoría de las iglesias por entonces. Cuando las cosas se pusieron feas y las personas se quedaron sin nada, acudieron a las iglesias, los templos, las sinagogas y las mezquitas, con la esperanza de que sus respectivas religiones pudieran salvarlas, pero al hacerlo lo único que consiguieron fue convertirse en presas fáciles de los demoníacos seres sedientos de sangre que merodeaban por los edificios como perros arreando a las ovejas al matadero.

Leon pensaba que había sido la religión, más que ninguna otra cosa, la culpable de que la situación se descontrolara. Eran muchos los que mantenían la descabellada idea de que, de alguna forma, Dios había

deseado que los muertos se levantaran para atacar a los vivos, así se había pronosticado la resurrección en la Biblia. Los fanáticos religiosos habían exaltado los ánimos de las masas, fáciles de manejar, convirtiéndolas en un puñado de idiotas fanáticos de la Biblia que vitoreaban: «¡Que se cumpla la voluntad de Dios!».

Los fieles feligreses se negaron a incapacitar debidamente los cuerpos de los muertos, por considerarlo una ofensa a la «voluntad divina», otros creían que, en cierta forma, sus familiares o amigos resucitados seguían siendo los mismos, aunque no había nada más lejos de la realidad.

En gran medida, esas masas de seres humanos equivocados habían provocado la ruina del género humano a una velocidad de vértigo. Solo habían hecho falta dos meses para que el ochenta y cinco por ciento de la población mundial fuera aniquilada, y la mayor parte se había unido al creciente número de zombis. Se trataba de una situación desesperada, aunque se encontraban a salvo en la isla de Tangier, al menos, hasta que los devoradores de carne humana aprendieran a nadar.

Leon se retorció intranquilo en su asiento, no quería que hicieran que el helicóptero aterrizara. A veces lo hacían y otras no, pero tenía la esperanza de que en esta ocasión se cumpliera lo segundo. El hecho de aterrizar nunca resultaba agradable. Desde el aire nunca podías imaginar lo que te ibas a encontrar debajo. En dos ocasiones anteriores, se habían sentido prácticamente abrumados después de creer que era posible un aterrizaje seguro para descubrir más tarde que hordas de zombis habían salido de los edificios para inundar las calles.

Leon no tenía ninguna prisa por vivir otra aventura similar, así que suspiró aliviado cuando sobrevolaron Crisfield y giraron hacia el oeste en dirección a la ciudad de Santa María.

La trayectoria del vuelo hizo que sobrevolaran la isla de Smith, cuya panorámica proporcionaba un toque de cierta normalidad a un mundo que se encontraba patas arriba. Había tráfico en las carreteras de la isla que tenían debajo, en su mayoría de bicicletas, dado que había escasez de gasolina, pero la vida continuaba con, al menos, parte de su anterior normalidad. La gente paseaba por las aceras y entraba y salía con sigilo de los establecimientos comerciales de una forma imposible

de imitar en ningún otro sitio, al menos, en ninguno de los lugares que habían descubierto.

Un grupo de personas sensatas de la isla fue el primero en encargarse de despejar el lugar de zombis y, una vez controlada la situación, comenzó a enviar mensajes de radio en busca de supervivientes. La población de la isla había empezado a crecer y las demacradas masas se aferraron a la idea de que se trataba de un lugar seguro, por lo que se dirigieron hacia allí en barco y en helicóptero. Un grupo incluso se había agarrado a media docena de cámaras de neumático amarradas, y se había abierto paso a patadas para cruzar la bahía en dirección a la isla.

Tiempo atrás, efectuar una parada en el continente habría supuesto una muerte segura, sencillamente había demasiadas criaturas diabólicas por allí. Necesitaban mayores posibilidades de sobrevivir. Tangier se convirtió rápidamente en un lugar atestado y se organizó una partida para que acudieran a la isla de Smith a fin de repetir la hazaña que habían logrado en Tangier, ofreciendo así a su escasa comunidad la posibilidad de expandirse.

Sin embargo, resultaba algo más complicado conquistar la isla de Smith que la de Tangier, dado que su mayor tamaño suponía tener que acabar con un mayor número de monstruos demoníacos, pero finalmente se hicieron con ella. Más tarde, tomarían las islas de Bloodsworth y Hooper, un área equivalente a aproximadamente sesenta y cinco kilómetros de longitud, situada en la bahía de Chesapeake, entre Virginia y Maryland.

De acuerdo con lo que Leon podía atestiguar, la situación se alejaba aún de la normalidad, pero, a una distancia de aproximadamente quinientos metros en el aire, parecía mucho más alentadora que la del lugar al que se dirigían.

El helicóptero sobrevoló la costa en dirección a la ciudad de Santa María, y a Leon comenzó a revolvérsele el estómago, a medida que su ansiedad aumentaba. No se trataba de la costa de una isla, sino del estado de Maryland, donde el peligro acechaba, por lo que, si aterrizaban allí, arriesgarían sus vidas.

Hal giró hacia el oeste y el helicóptero se dirigió tierra adentro. La ciudad de Santa María era una localidad típica de la bahía, plagada de marisquerías, centros comerciales y palafitos. Antes de la plaga, el turismo había prosperado y cada semana de los meses estivales llegaban cientos de familias y amigos en busca de los emplazamientos de la bahía, la práctica de la pesca en aguas profundas y la felicidad de las vacaciones.

Los alegres turistas habían sido reemplazados por bestias despiadadas que vagaban sin rumbo en grupos numerosos, sin saber adónde ir ni para qué estaban allí; hasta que alguna persona extraviada tenía la desgracia de aparecer dentro de su campo de visión.

Si en aquel lugar había supervivientes, estaban bien ocultos y un mero helicóptero no los haría salir de su escondite. La sencilla tarea de rescatarlos de los tejados había concluido hacía ya mucho tiempo. A decir verdad, no habían encontrado a nadie a quien poder rescatar desde hacía más de un año.

Jack señaló una nube de humo gris que se divisaba en el cielo a varios kilómetros y que parecía proceder del área de Lexington Park. Hal inclinó la palanca y el helicóptero aumentó de velocidad.

Leon sabía lo que esperaban: que alguien necesitado de ayuda hubiera encendido un fuego; una señal de humo para pedir socorro.

Leon comenzó a comprobar su equipo por si tuvieran que salir de la aeronave y emprender una lucha cuerpo a cuerpo. La adrenalina le presionaba el pecho como si acero líquido recorriera sus venas, su respiración se aceleró y el sudor impregnó su frente. Se sentía más alegre que asustado ante la idea de que el viaje no hubiera sido en vano. El hecho de encontrar ahí fuera a una sola persona que continuara con vida haría que todos los infructíferos viajes del último año hubieran valido la pena, y una vez más comenzó a hacerse ilusiones.

Hal dirigió el helicóptero en sentido contrario a las agujas del reloj, a aproximadamente cien metros de altura y fuera de la columna de humo, por encima de un centro comercial que albergaba varias tiendas pequeñas. Uno de los comercios del centro se había incendiado y, en escasos minutos, todo el centro comercial estaría en llamas.

Leon observaba con atención, a la espera de que la persona o las personas salieran huyendo de las llamas, agitando los brazos para que

los rescatadores del helicóptero pudieran verlas. En cualquier momento, se apresurarían a tomar tierra para acabar con los seres diabólicos que fueran lo suficientemente inteligentes como para escapar de las llamas y esperar a que su víctima saliera y, a continuación, cargar el helicóptero de agradecidos ocupantes para proporcionarles un nuevo hogar, un hogar que fuera seguro. En cualquier momento podía suceder...

Hal mantuvo el helicóptero en una trayectoria circular alrededor del edificio. Todas las miradas estaban puestas en el mismo lugar, a la espera de que apareciera alguien, quien fuera. Aguardaron hasta que las llamas se propagaron por todos los edificios y consumieron el centro comercial al completo. El tejado se derrumbó desde el centro hacia fuera y ráfagas de chispas salieron despedidas hacia arriba. El calor era sofocante.

Se produjo una explosión de aire caliente por encima de las llamas y el helicóptero se elevó quince metros en cuestión de segundos. Por un momento, parecía que la aeronave iba a perder el control y a estrellarse contra el suelo, a medida que la repentina ráfaga de aire caliente los elevaba a demasiada velocidad como para que Hal pudiera mantener el control. Luchó con la palanca de cambios durante lo que pareció una eternidad, mientras el helicóptero se balanceaba de izquierda a derecha, antes de descender en picado dando sacudidas y provocando en todo momento que los ocupantes rebotaran en sus asientos, mientras reflexionaban acerca de sus destinos. Más tarde, Hal recuperó el control y el helicóptero recobró su estabilidad. Entonces, giró la palanca, alejó al helicóptero del calor de la explosión y se sostuvo en el aire.

Las esperanzas se iban desvaneciendo a medida que el edificio ardía. Los maléficos monstruos se aproximaron, pero al no encontrar a nadie a quien poder atacar se dispersaron y continuaron su marcha, ignorando la aeronave de color verde que tenían sobre sus cabezas. Los ocupantes del helicóptero observaron en silencio, antes de continuar su marcha.

Leon volvió a sentir un nudo en el estómago.

Jim Workman desplegó los mapas sobre la mesa de la sala de conferencias, estaba buscando la ruta más rápida y segura hacia la isla de Tangier. Permanecer alejado de las zonas más pobladas siempre que fuera posible se daba por sentado, pero mientras los observaba le quedaba cada vez más claro que no habría ninguna forma segura de llegar a su destino. De acuerdo con ese mapa en particular, ni siquiera podía saber si existía algún puente que condujera a la isla o si tendría que llegar en barco.

La ruta diecisiete correspondería a la mayor parte del trayecto, pero a través de ella tendría que atravesar también varias ciudades pequeñas. El hecho de que se tratara de una ruta tan directa compensaba con creces el peligro de llegar hasta Tappahannock, desde donde tendría que tomar la trescientos sesenta en dirección a la costa.

La isla de Tangier parecía estar situada a aproximadamente veinte kilómetros de la costa. Si no había ningún puente (y que él supiera ese parecía ser el caso) resultaba lógico que hubiera barcos fondeados en Smith Point o en sus alrededores, ya que era el extremo de tierra más cercano a la isla.

Jim analizó la pequeña isla en el mapa y trató de recordar los detalles del mensaje plagado de interferencias que había recibido hacía un año: «Estamos en la isla de Tangier, situada frente a la costa de Virginia. ¿Hay alguien ahí?». El mensaje se repitió varias veces antes de detenerse, y no lo habría escuchado de no haber sido porque había olvidado apagar la radio al salir de la sala y tuvo que volver para hacerlo.

Día tras día, durante semanas, había tratado en vano de obtener una respuesta. En lo más profundo de su ser (de su alma) sabía que continuaban allí, de alguna forma, tenía esa seguridad. A pesar de que nunca volvieron a recibir ningún otro mensaje aparte de ese, permaneció en su mente hasta que llegó a obsesionarse por averiguarlo de una vez por todas.

El trayecto completo equivalía a más de doscientos cincuenta kilómetros y estaba seguro de que podría llevarlo a cabo. Iría solo, dado que no tenía sentido llevar a otra persona de la que tener que ocuparse. Además, si por cualquier motivo algo iba mal, no era lógico poner en peligro la vida de nadie más.

Un vestíbulo exterior y ventanales que iban desde el suelo hasta el techo proporcionaban a Felicia una excelente panorámica del jardín y de las azucenas en plena floración. Era un día hermoso y pensamientos felices inundaban su mente. Le encantaban el verde follaje y las hojas que se mecían suavemente por la brisa. Le gustaba todo eso muchísimo, aunque tuviera que verlo a través de los ventanales.

Si Felicia pudiera atravesar la puerta y permanecer en el exterior, dejaría que el aroma de esas flores y el aire de la primavera invadieran sus sentidos, pero sabía que no debía hacerlo, dado que lo mejor era permanecer oculta. Habían aprendido de errores anteriores que resultaba de vital importancia no ser visto ni oído. Una sola metedura de pata podría ocasionarles un gran número de problemas.

Habían estado lo suficientemente a salvo en el complejo Mount Weather, desde que llegaron un año antes, ocultos bajo tierra en la ciudad de siete plantas, construida por el gobierno para mantener el control en el supuesto de que una crisis nacional tuviese lugar. Cuando la crisis llegó, como el día del armagedón, los arrendatarios fueron asesinados por sus propias y egoístas ansias de poder y por sus procedimientos desafortunados, lo que dio vía libre a los sesenta y ocho supervivientes, incluyendo a Felicia, para encontrar un nuevo refugio que ofreciera una mayor seguridad.

El tiempo que tendrían que permanecer en ese lugar no le preocupaba en ese momento, se sentía cómoda con lo que la rodeaba y, lo

que es más importante, estaban a salvo siempre que nadie saliera al exterior. Solo podía acercarse hasta el vestíbulo para oler esas flores, pero se conformaba con mirarlas desde su silla.

Felicia se giró al oír el sonido de la puerta corredera del ascensor al abrirse. Un año antes, un ruido repentino que hubiera roto el silencio de esa forma la habría sobresaltado, pero no en ese momento. Los presentimientos la habían abandonado y reinaba la tranquilidad.

La mueca en el rostro de Amanda dejaba claro que no se sentía de la misma forma que ella, quien se dirigió hacia la ventana y permaneció de pie junto a Felicia.

—El paisaje ahí fuera es hermoso, ¿verdad? —dijo Amanda.

—Sí.

—Parece haber tanta paz, tanta tranquilidad. ¿Crees que habrá la misma calma más allá de la seguridad de la montaña? —Se giró para colocarse frente a Felicia y una lágrima solitaria recorrió su mejilla.

—No lo sé, es probable.

Amanda se limpió la lágrima y centró su mirada en el jardín del exterior.

—Espero que sí —dijo antes de quedarse en silencio.

—Va a salir ahí fuera, ¿no es así? —preguntó Felicia—. Me refiero a Jim. ¿Va a ir a la isla de Tangier a buscar a otros supervivientes?

Felicia ya sabía que se iba a ir, aunque Amanda no fuera con él. Jim Workman no era una persona que pudiera quedarse sentada de brazos cruzados durante mucho tiempo, de hecho, ya le había sorprendido que hubiera permanecido confinado todo ese tiempo. Todas las personas del complejo conocían la existencia del mensaje recibido hacía un año desde la isla de Tangier.

—Sí, va a ir allí.

Felicia pensó en la forma de consolar a su amiga, sentía el sufrimiento de Amanda. Si Mick se acercara a ella y le anunciara un plan por el estilo, ella tampoco se lo tomaría demasiado bien y pronto perdería la sensación de satisfacción que había estado experimentando. De repente, le vino a la mente un horrible pensamiento.

—Mick no irá a acompañarlo, ¿verdad?

—No. Jim va a marcharse solo.

La respuesta de Amanda tranquilizó la mente de Felicia, quien exhaló un prolongado suspiro. Mick no era la típica persona aventu-

ra, se trataba de un coordinador, un elaborador de planes que sería completamente feliz con garantizar que en casa todo estuviera como debía estar, y Felicia se sentía contenta por ello.

—Amanda —dijo Felicia—, la labor de Jim ha sido muy valiosa. De no haber sido por él, todos habríamos muerto hace mucho tiempo, antes incluso de llegar aquí. Él nos ha salvado a todos. Dios (o quienquiera que esté controlando este mundo que se ha vuelto loco) tiene algo reservado para él. Eso es lo que creo. ¿Quién tiene derecho a decir que ahora no pueda ayudar a otras personas a sobrevivir?

—Esa es una idea muy bonita, pero no lo sabemos con seguridad. Lo único que sé es que el hombre al que amo va a dejarme por un capricho muy peligroso. Es probable que no vuelva a verlo nunca más y creo que estoy empezando a odiarlo por ello.

—¿Y qué pasaría si tuvieras razón, Amanda? ¿Qué pasaría si no volvieras a verlo? ¿De verdad quieres pasar tus últimos momentos con él plagada de odio? Acércate a él, entrégale tu amor para que pueda llevárselo en este viaje, para que se sienta acompañado y no le pase nada malo. Te sorprendería lo mucho que algo así puede mantener a alguien a salvo. Si no lo haces y algo ocurre realmente, te arrepentirás toda tu vida.

Amanda cayó en los brazos de Felicia y comenzó a sollozar. Una vez más, parecía que su mundo se derrumbaba, ya se había destrozado cuando los zombis le arrebataron todo lo que amaba, pero en ese momento, con la inminente marcha de Jim, una vez más su vida se ponía patas arriba. Se sentía impotente y asustada.